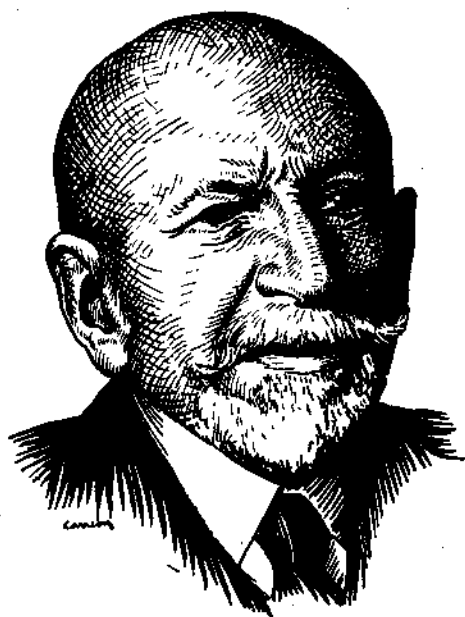




PROF. JULES COMBY 1853-1947.

HOMENAJE AL PROFESOR JULIO COMBY *

1853-1947

Por el Dr. ALFONSO G. ALARCON,
académico de número.

En uno de los días del mes de marzo del año de 1947, a la hora en que se celebraba la sesión ordinaria de la Sociedad de Pediatría de París, se extinguió calladamente la vida de uno de los más grandes pediatras del mundo, el profesor Julio Comby.

Así acabó aquella larga y fructífera existencia, dedicada durante sesenta y dos años a la bella preocupación trascendental, mitad arte, la puericultura, y mitad ciencia, la pediatría, en la que el profesor Comby sobresalió siempre con espíritu independiente y laboriosidad de titán.

Iba a cumplir 94 años, y a no ser por la guerra, en la que su glorioso país tuvo el papel de mártir, se hubiera prolongado hasta nuestros días aquella laboriosidad admirable, cuyo producto guardamos sus devotos en las páginas apretadas de sabiduría de sus *Archivos de Medicina de los Niños*. Cuarenta gruesos tomos constituyen la rica enciclopedia de pediatría universal, obra en la que colaboraron los más insignes pediatras de todas partes y en la que figuran monografías llenas de gran erudición y sabiduría, escritas por el maestro con el acopio que hacía de las constantes lecturas a que se entregaba sin cesar, con espíritu curioso y vibrante, hasta sus últimas horas.

Debe de haber anticipado el fin de sus días, el desastre de su patria que mató de desesperación a otros corazones más hondamente heridos, como el del grande e incomparable maestro Marfan y el no menos valiente y generoso del profesor Nobécourt; como que, aparte

* Leído en la sesión celebrada por la Academia el 31 de marzo de 1948.

de la desgracia nacional que para los viejos ciudadanos representa un mal irreparable, la ocupación de París cortó de un tajo irreverente la añosa y querida labor ininterrumpida del maestro desde que era un arrogante mozo de 32 años.

El maestro perdió de una sola vez; o al menos creyó haberlas perdido, obra social y científica, patria e ilusión. Y la pérdida de la última ilusión, lo que se acaricia con la mano temblorosa de la extrema vejez, debe de ser un cataclismo.

El maestro Comby se distinguió siempre por la modestia de su condición: pensaba en el niño, trabajaba sin descanso por él, y olvidaba los honores. Era su espíritu de la clásica contextura de los hombres de ciencia de la mitad del siglo XIX, recto, independiente, sabio y modesto.

Era como sus contemporáneos: Béclère, Siredey, Netter, Brocq. Fué de origen humilde; procedía de una familia de campesinos de Pompadour y desde muy joven fué infatigable para el trabajo a tal grado que, al finalizar su internado en los hospitales, su salud se encontraba tan comprometida que parecía condenado a muerte próxima. La enfermedad de Chopin le había asaltado; pero una prolongada cura de reposo le rehizo la salud y el maestro demostró con el brillo de la supervivencia laboriosa, el principio consolador, gloria de Grancher, de que el temido mal es una de las enfermedades crónicas más curables, cuando ese mal es sofrenado por una voluntad ciclópea como la del profesor Comby, en su juventud que era todo ilusión, todo optimismo y todo fe. Cuando él, sabedor de que la amenaza que se cernía sobre su pecho era de las que no a todos perdona, se acostó para esperar mejores días, no dudó de la sabiduría de Grancher y no sólo curó para siempre, sino que disfrutó de la mejor y más prolongada salud.

Quienes le conocieron de cerca, como Lesné que fué su externo en el Hospital des Enfants-Malades, cuentan que era grandemente fructuosa su compañía; porque enseñaba mucho aquel "clínico eminente dotado de memoria prodigiosa y quien, con motivo de un enfermo, se complacía en recordar otros casos que había observado para compararlos u oponerlos en una forma sencilla e instructiva".

Era el profesor Comby, un incansable productor de obras científicas; con Grancher y Marfan escribió un tratado clásico de enfermedades de la infancia. Produjo después una obra propia, de la misma rama médica, así como tomos de patología, de higiene, de terapéutica

y aquellas consultas de pediatría cuyos volúmenes volaban por el mundo en ediciones sucesivas hasta llegar al número de diez y en la que todo médico de cualquier habla encontró, por muchos años, la mejor fuente de información para la práctica.

En la América Latina se le tenía por uno de los maestros capitales de la pediatría y se le admiraba y quería como al genio familiar de la empresa de proteger al niño. Era amigo cordial de Morquio, de Centano, de Aráoz Alfaro y por eso acometió la hazaña de hacer un viaje a Montevideo cuando cumplió los 77 años de edad.

Fué uno de los pilares de la Sociedad de Pediatría de París que se enorgullecía de su presencia y su opinión y, como fuera adicto y agradecido a la obra de Grancher, llegó a ser su presidente cuando dejó vacante el lugar, por haber muerto el Maestro Marfan.

El profesor Comby era un clínico dotado de maravilloso poder de observación; era de los ingenios genuinos productos de la raza latina, que ven más allá y mucho más adentro que los demás hombres de talento de su época. Era el tipo del maestro francés, imaginativo, genial; que descubría en la maraña de los hechos clínicos que captaba y reunía en su gran memoria para extraer leyes y llegar a conclusiones magistrales que posteriormente van encontrando confirmación. Para aquellos de los hombres de ciencia, para quienes por rigores de disciplina sólo existe la verdad científica en la realidad de lo palpable, de lo visible, de lo que puede medirse con aparatos y pesarse con balanza de precisión, los ingenios del tipo de Comby constituyen la prueba, corroborada por el tiempo, de que hay algo más allá de las posibilidades de la mente humana del tipo medio inteligente; más allá de lo demostrable por los sentidos, en el campo que sólo pueden visitar los privilegiados que prevén lo que el objetivismo llega a comprobar más tarde.

De las ideas de Comby, que pueden considerarse como descubrimientos, para no referirnos mas que al caso típico de su obra, la que culmina es aquella basada en numerosas observaciones probadas cronológicamente: "la epilepsia no es hereditaria, no es frecuentemente de origen sifilítico y en un gran número de casos se debe a un traumatismo obstétrico." He aquí cómo, un espíritu capaz de orientar la visión por el rumbo de un gran problema, de coleccionar casuística debidamente analizada y prever la verdad por demostrarse, halla en el seno de la naturaleza un principio genial en cuyo enunciado se advierte cómo desnuda hoja por hoja al fruto complicado de una verdad provisional de su

época, para llegar a la almendra o acercarse inminentemente a ella. A Comby no le convenía la supuesta herencia de la epilepsia; tampoco encontraba acertado que la incapacidad o la pereza de la investigación se refugiara en el basurero, tan socorrido por largo tiempo, de la sífilis, y entreveía, no por adivinación, no por presentimiento, sino por obra de esa maravilla del pensamiento que se llama la intuición, a culpar al traumatismo obstétrico de la tragedia del mal comicial. Pero al encontrar el maestro, un culpable frecuente en los albores de la existencia observable, es decir, al dar con el factor traumático, trastornador de la estructura del sistema nervioso central, aludía intuitivamente a toda posibilidad, traumática en el fondo, de desorganización de la intimidad celular, del mundo al que, apenas en nuestros días, puede asomarse el prodigio del microscopio electrónico para corroborar el estrago causado experimentalmente en la célula germinal, por los rayos gamma y beta dirigidos por la mano certera de Müller, dignísimo conquistador del Premio Nobel de Ciencias. Ahora sabemos, con firmeza, lo que ya sabía el clínico a fuerza de mirar con sus ojos y meditar hóna y tenazmente con su genio clínico.

Por este concepto, y multiplicado en infinito número de sectores de la pediatría, el profesor Comby fué grande. Como hombre superior nos enseñó, con gran modestia, a conocer las preciosidades de la vida infantil y a meditar acerca de ellas. Todo hombre que durante los últimos cuarenta años, haya sabido algo, o mucho, de pediatría y de puericultura, fué discípulo del maestro Comby; a distancia como nosotros; a su lado como el ahora maestro Lesné. Comby fué para la Humanidad el director por excelencia, el modelador incansable de un porvenir que, ahora, cuando el valiente luchador sucumbe abatido al fin, por la obra del tiempo, se ve que ha sido previsto, amado y soñado como una de las más generosas realidades.

En la intimidad el maestro era modesto, sencillo, enemigo de honores y de exhibicionismo; ayudaba a quien había menester de su mano de maestro. Ya en la vejez era estricto, reservado y escéptico para las innovaciones que no traían el respaldo de la prueba fundada. Era, en medio de la austeridad de su vida y del rigor de su trabajo, un romántico. Cuando la abnegada compañera que le cuidó largo tiempo con esmero maternal, rodeándolo de silencio y de respeto para que trabajase plácidamente; cuando aquella esposa ejemplar, compañera y amiga, confidente y tónico, valor en la adversidad y premio en los días de triunfo; cuando aquella flor de

la vida del maestro, enfermó y quedó inmóvil por la parálisis, el maestro cuyo espíritu cedía ya a la tragedia guerrera de su patria, se sentó a la cabecera de la amada inválida y la acompañó con abnegación y cariño en los días tristísimos de la extrema vejez, esperando..., esperando lo que siempre da dolor esperar: el fin de la vida, de aquella doble vida que fueran la de la buena mujer de sus más dulces pensamientos y la del gran hombre de las más generosas y geniales concepciones.

Y llegó el día. Cayó el roble y con él la flor que sobrevivía en lo alto de sus ramas.

Murió el maestro y la triste enferma se quedó sola, sin saber el por qué de su soledad; sola como nunca, misteriosamente sola...

Cuando se celebraban las exequias del llorado maestro, su triste compañera, como si sólo hubiese vivido de la vitalidad que dimanaba de la presencia del vigoroso ser, amado y admirado, también doblegó la frente y se marchó a darle alcance y a seguirle acompañando en el áureo camino de la inmortalidad...